



Berlín o el lugar donde reposa la memoria

Kurt Tucholsky, uno de los periodistas más comprometidos en la defensa de la República de Weimar, dijo en 1919 que en Berlín no existía el tiempo. Sin embargo, un colega suyo, Franz Hessel, se encargaría de demostrar lo contrario: el tiempo sí era un material tangible y de él se podían extraer las mejores conclusiones paseando. De hecho Hessel es el autor del libro más evocador del Berlín que nació al siglo pasado y al progreso, alejado aún del horror que vendría a continuación con los nazis y que acabaría sepultado bajo las bombas cuando Alemania perdió la guerra. Suya es la mirada atenta del flâneur, observador capaz de seguir las huellas, las impresiones, la música de las calles, desde el ángulo más notorio de la ciudad hasta el más insignificante de los detalles.

Criado en una familia judía con tradición banquera, Hessel nació en Stettin y creció en Berlín, desde donde huyó a París en 1938. Tras el estallido de la guerra se refugió allí y moriría poco después. Su hijo, que vino al mundo en 1917, vivió a partir de los ocho años con su madre en la capital francesa. Más tarde se uniría a la resistencia, sería capturado y sobreviviría al campo de concentración de Buchenwald. Tras la guerra ejerció cargos diplomáticos y en 2010 obtuvo un sonoro éxito de ventas con *Indignación*, panfleto que catalizaría en Europa el grito de resistencia ciudadana. Se llamaba Stéphane y murió en 2013. La vida privada de Franz Hessel, su esposa Helen y la amistad con el marchante de arte Henri-Pierre Roché conforman el triángulo amoroso de *Jules et Jim*. Roché es, de hecho, el autor del libro que inspiró la película de Truffaut. En *Paseos por Berlín*, Hessel despliega

Franz Hessel invita a soñar una ciudad que, sin percibirse del todo en la actual, se imagina a través de las huellas del pasado

un mapa transparente, vaga sin rumbo, frecuenta las conversaciones y los templos de consumo y se sumerge en la vida nocturna de una ciudad que vive despreocupada un florecimiento de la cultura y del ocio, en aquellos años sólo comparable al parisino. El flâneur recorre la avenida Kurfürstendamm; del otro lado Unter den Linden, arriba y abajo hasta Brandenburgo, cruza la Friedrichstrasse, examina la alta actividad constructora, explora Kreuzberg, Neukölln, Tempelhof, Hasenheide, el Tiergarten y el Canal Landwehr, vuelve a Charlottenburg, donde creció, y ofrece como resultado de su pesquisa un panorama de todos los distritos de la ciudad, que puede resultar interesante y hasta curioso si se trata de establecer comparaciones con el Berlín actual. O

quizás valdría la pena matizar lo que ha sobrevivido de todo aquello en nuestros días. Hessel ofrece una mezcla heterogénea y atmosféricamente

densa de las descripciones, intercalada a menudo con la información completa que maneja.

Paseos por Berlín es un libro de imágenes transportadas por las palabras, una narración ágil y maravillosa que enseña a ver y, sobre todo, a soñar con una ciudad que apenas se percibe físicamente en la actual pero sí flota en el ambiente por poco que el viajero atento se lo proponga. Quienes hayan estado en la capital del Spree, disfrutando de su asequible grandiosidad y de la pátina que aún se revela del pasado dividido más reciente, podrán ensanchar todavía más la mirada si leen a Franz Hessel.

Son los detalles, los pequeños detalles, los que hacen a este libro grande. Las observaciones sobre algo aparentemente nimio llevan a su autor a

abrir una tras otra las puertas que conducen por los secretos de la ciudad que no ha dejado moverse, por su propio dinamismo, unas veces; otras, sacudida por el torbellino de los acontecimientos. Hay en las páginas de *Paseos por Berlín* un pulso laborioso, a veces abrumador por la información que se teje y desteje de la historia.

El relato en cámara lenta de Hessel es un auténtico regalo

y, en ocasiones, como escribió Walter Benjamin se convierte en absolutamente épico. Digamos, con esa épica que caracteriza al tiempo.



Paseos por Berlín

FRANZ HESSEL

Errata Naturae

288 páginas

El gran precipicio

Tino Pertierra

Todo parece real. Pero no lo es. La cita inicial lo advierte: sólo los idiotas creen en la realidad del mundo, lo real es inmundito y hay que soportarlo. Palabra de Lacan. Así que todo arranca con una escena cotidiana. Llena de normalidad. Inofensiva. Parece. La calidez estival. La dicha plácida. Burgueses desechables, como los manteles. Ellos y ellas. Sus hijos, al borde del agua tranquila de una piscina. ¿Tranquila? No hace tanto tiempo estaba verde y “había moggollón de sapos”.

Qué asco los sapos. ¿Los mataron los lobos?

Todo parece en orden. Por poco tiempo. Cualquier brecha inesperada lo cambia todo. De eso sabía mucho John Cheever, que atravesaba las paredes y mostraba las sombras malheridas de la intimidad. Marcelo Luján quiso perforar la superficie para llegar al *Subsuelo* con la idea de representar “algunas premisas de la condición humana. Premisas que me persiguen, podría decirse, porque me interesan muchísimo las reacciones de las personas –más o menos normales, contemporáneas, y perfectamente reconocibles para nuestra sociedad– ante situaciones límite. De este modo, intenté inocular el mal, lo oscuro, lo perverso, a una familia burguesa, en el escenario donde menos interacción con el resto del mundo podían tener: una parcela alejada de la ciudad, aislada, en la que suelen pasar los veranos. Allí, dos hermanos mellizos –chica y chico, adolescentes–, su madre, y algunos personajes secundarios, pondrán en marcha los engranajes de la peor maquinaria conocida: la de la auto-destrucción”.

El desafío está servido: gestionar del mejor modo posible “la tensión en un escenario tan reducido, también como herramienta de dosificación de la información”, y por ello “tomé algunas decisio-

nes narrativas arriesgadas pero que consideré oportunas en el desarrollo de esta novela: la utilización de un narrador omnisciente de carácter anticipatorio; un narrador extraño y mordaz que le dice al lector, entre otras cosas ‘dentro de dos minutos ocurrirá esto’, y acto seguido le ordena ‘ahora ve y observa cómo ocurre’”.

Hay un accidente en el centro del relato: un accidente “cuyo desenlace llevará a los personajes a la más angustiada de las salidas: la que no tiene retorno ni vía de escape. Pero no es ese hecho el corazón de la historia. De ninguna manera. *Subsuelo* late en la relación entre Eva y Fabián (más que hermanos), la osadía de uno y la permisividad del otro, lo que se esconden y lo que planean y lo que finalmente sucederá. Es allí donde se oyen los latidos de esta novela. Y en la figura de Mabel, la madre, con aquella noche negra que lleva pegada en su cuerpo. ‘A nadie le importa dónde aparecen los muertos’, piensa, siempre, Mabel”. Después está “el bosque de abedules observando el desarrollo de los acontecimientos. Un pantano. Una piscina. Y la colonia de hormigas recorriendo constantemente el subsuelo de la parcela y de la historia. No hay, apenas, más escenario para que nos perturben las siguientes afirmaciones: poder advertir el futuro. Para ahorrártelo. Para desviarlo. Para regatearlo. Para que no ocurran nunca las cosas que nadie quiere que ocurran nunca”.

Subsuelo es una tragedia en el sentido clásico: “Con algunos héroes, algunos oráculos, y un gran precipicio”. Caigamos en él para disfrutar de una gran novela.



Subsuelo

MARCELO LUJÁN

Salto de Página